

Domingo 5 abril 2009
El Evangelio de Hoy

Mc 11,1-11
Bendito el que viene

Según el Evangelio de Marcos, que es el que leemos en este año, Jesús vino a Jerusalén durante su vida pública una sola vez y esta vez fue para morir allí, como él mismo lo había anunciado: «Comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que él debía ir a Jerusalén y sufrir mucho de parte de los ancianos, los sumos sacerdotes y los escribas, y ser matado y resucitar al tercer día» (Mt 16,21).

Cuando Jesús entró en Jerusalén en la forma que describe el Evangelio de hoy, faltaban cinco días para su muerte en la cruz, que ocurrió el día de la Pascua de los judíos. Todavía no comenzaban a llegar todos los judíos que vendrían a la fiesta. En efecto, ese día «entró Jesús en Jerusalén, en el Templo, y después de observar todo a su alrededor, siendo ya tarde, salió con los Doce para Betania». No encontró aún en el Templo el mercado que con ocasión de la fiesta se formaba allí. Pero al día siguiente volvieron a hacer el camino de Betania a Jerusalén y esta vez, «entrando en el Templo, comenzó a echar fuera a los que vendían y a los que compraban en el Templo; volcó las mesas de los cambistas y los puestos de los vendedores de palomas» (Mc 11,15). Cada día, hasta el jueves en la tarde, día en que fue arrestado, Jesús pasaba el día enseñando en el Templo y volvía en la tarde a Betania, a la casa de Lázaro y sus hermanas Marta y María.

A todo lector llama la atención que en la primera entrada de Jesús a Jerusalén, donde lo había precedido su fama, adquiriera tanta importancia la circunstancia de entrar montado en un pollino. No podía entrar de otra manera, pues respecto de ese animal el mismo Jesús manda a sus discípulos decir: «El Señor lo necesita». Leemos todo el relato, y en el Evangelio de Marcos no encontramos una explicación. Tenemos que hacer una interpretación. Es probable que la intención de Jesús sea hacer un signo de su identidad mesiánica, es decir, del Hijo de David a quien Dios había prometido: «Afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas, y consolidaré el trono de su realeza...» (2Sam 7,12). El asno era la cabalgadura real. Así lo sugiere la aclamación de la multitud: «¡Bendito el reino que viene, de nuestro padre David!». Si Jesús hubiera entrado caminando simplemente, como lo hacía siempre, no se habría entendido que él era ese Hijo prometido a David.

Pero el gesto debió prestarse a discusión entre los cristianos, y pronto se difundió otra explicación. Es la que encontramos en los otros tres Evangelios que son posteriores al de Marcos. Mateo la formula de manera más clara: «Esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del profeta: "Digan a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado en un asna y un pollino, hijo de animal de yugo"» (Mt 21,4). Por su parte, Lucas describe bien la incomprensión de los discípulos en ese momento que es la misma que se tenía cuando Marcos escribió su Evangelio: «Jesús se montó en un borriquillo, según está escrito: "No temas, hija de Sión; mira que viene tu Rey montado en un pollino de asna". Esto no lo comprendieron sus discípulos de momento; pero cuando Jesús fue glorificado, cayeron en la cuenta de que esto estaba escrito sobre él, y que era lo que le habían hecho» (Lc 12,14-16).

Este gesto de Jesús y todo su misterio adquieren pleno sentido solamente a la luz de su resurrección y de la efusión del Espíritu Santo, según la promesa de Jesús: «Cuando venga el Paráclito, que yo les enviaré de junto al Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí... él los guiará hasta la verdad completa» (Jn 15,26; 16,13). Debemos pedir en estos días de la Semana Santa que el Espíritu nos conceda también a nosotros comprender y vivir profundamente los misterios que nos dieron la salvación.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo de Santa María de Los Ángeles